

LA IDEOLOGIA MILITAR COMO CAUSA REMOTA DEL 18 DE JULIO

Julio Busquets

Sociólogo. Diputado a Cortes

Una ideología conservadora

Los militares, en general, son conservadores. Ciertamente existen abundantes excepciones, desde los militares liberales españoles del primer tercio del XIX, a los que en este mismo suelo patrio nuestro, se enfrentaron a la rebelión del 18 de julio, pero lo normal es que el militar sea conservador.

Las causas de ello, posiblemente —entre otras— sean las siguientes: una histórica conexión con la nobleza, que ha mantenido en las Fuerzas Armadas una ideología inadecuada al régimen democrático-liberal; una formación cerrada, memorística y acrítica dada en las academias militares; la propia naturaleza autoritaria y de preparación para la guerra del trabajo militar, y por último el aislamiento social en que viven los militares. A continuación se va a tratar de estas cuatro causas del conservadurismo militar, que podríamos considerar genéricas, o válidas para la mayoría de los colectivos militares, para seguir con otras más específicas y válidas sólo para los militares españoles que participaron en la sublevación del 18 de julio.

El honor y la histórica conexión con la nobleza

Como es sabido, la nobleza tuvo como ocupación secular la guerra y realizó las funciones de los actuales militares durante varios siglos, concretamente hasta que las democracias burguesas sustituyeron a las rígidas monarquías absolutistas¹. Huntington ha señalado que el primer Estado en que los militares desplazan a los aristócratas de la dirección de los Ejércitos es en Prusia donde a principios del XIX «el espíritu de cuerpo de los oficiales prusianos, fue paulatinamente transformado de un espíritu aristocrático de clase, en un espíritu de casta militar. Después de mediados del siglo la línea divisoria se trazó entre militares y civiles y no entre burgueses y

¹ He desarrollado ampliamente este tema en la tercera edición de mi libro *El militar de carrera en España* (1984) dedicándole el capítulo II, titulado «Los militares, de la aristocracia a la clase media».

nobles. La aristocracia de nacimiento había sido reemplazada por la aristocracia de educación. El resultado fue la aparición del espíritu de cuerpo»².

Sin embargo, la nobleza mantuvo durante todo el siglo pasado una importante presencia en los cuerpos de oficiales de casi todos los países de Europa, y a través de ella perpetuó su ideología de tal forma que muchos valores, tenidos por militares, son en realidad típicos de la aristocracia. Por ejemplo el culto al valor heroico que llega al desprecio de la vida, al ¡viva la muerte, legionario! frente al valor racional, utilitario y pragmático; un cierto sentido del honor basado en actitudes arrogantes que desarrolló la costumbre de aceptar los duelos hasta principios del XIX, una actitud orgullosa, clasista, incluso frente a otros militares, procedentes de tropa a los que despectivamente se llamaba, antes de la guerra civil, «los del chusco» o «del garbanzo» o «de la escala del bote», el desprecio por el trabajo manual y a veces incluso del dinero³, por la cultura⁴, que alcanzaba incluso aspectos profesionales y técnicos. Un ejemplo de la supervivencia de estas actitudes preburguesas, feudales, lo constituyó el ejército japonés hasta la segunda guerra mundial. Huntington⁵ señala que la ética del samurai, el código moral de los caballeros feudales japoneses, sobrevivió a la muerte del feudalismo⁶ y rodeado de un halo romántico se transformó en el código Bushido, que minimizaba, obviamente, los factores técnicos y materiales, para exaltar el espíritu militar, el valor hombre por encima del valor ciencia, técnica, desarrollo, potencia del arma, etc...

Al lado del concepto de valor físico y personal, frente al técnico y racional, podemos encontrar otros legados de la ideología aristocrática dentro de las Fuerzas Armadas en las llamadas virtudes militares. En efecto, el honor, tal como tradicionalmente ha sido entendido, es posiblemente la más clara manifestación de este legado, cuya defensa antes de la guerra civil produce malestar y tensión, cuando el Gobierno de la República, consecuente con las pautas de conducta de una sociedad moderna, racional, liberal y con los valores de un Estado de Derecho, decide abolir los Tribunales de Honor. Y no sin razón, porque el concepto de «honor militar» resume la quintaesencia del militarismo tradicional, agrario, preindustrial y contrario al mundo burgués y liberal. Prueba de ello es que en los dos últimos siglos se han producido, cuatro intentos de reforzamiento de la relación o integración entre la

² SAMUEL P. HUNTINGTON: *El soldado y el Estado*. Circulo Militar. Buenos Aires, 1.964, p. 81.

³ HUNTINGTON, op. cit. p. 337, señala que los militares norteamericanos, de finales del siglo pasado, despreciaban una sociedad civil comercializada, materializada y «sostenían que una de las grandes ventajas del West Point era que aislaba los cadetes de la atmósfera de comercialismo. Los cadetes estaban confinados durante cuatro cursos anuales y *no se les permitía recibir, poseer, ni usar dinero*». Yo recuerdo las conversaciones de mi abuelo (general retirado en 1.939) con sus compañeros militares, en las que hablaba del dinero como algo despreciable.

⁴ Presumir de no saber cosas, de no leer el periódico, etc... no eran actitudes excepcionales antes de la guerra, especialmente en el arma de Caballería que entonces tenía mucha importancia. El mariscal Liautey lo denunció duramente respecto al ejército francés de aquella época escribiendo: «Hay oficiales que alardean de conocer el nombre de todos sus caballos y el de ninguno de sus hombres». En España la actitud de menosprecio de la cultura fue señalada por el propio general EMILIO MOLA, *Obras completas*, Valladolid, 1.940, p. 971, y en análisis reciente por el comandante GABRIEL CARDONA: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, siglo XXI, Barcelona, 1.983, p. 36, etc...

⁵ HUNTINGTON, op. cit. p. 176 y ss.

⁶ La peculiaridad social del Japón, es debida fundamentalmente a que saltó directamente del feudalismo a la revolución industrial, tras la apertura debida a la presión americana. Y este hecho, facilitó la pervivencia de valores feudales, hasta el momento presente.

milicia y la nobleza: durante el reinado de Isabel II, tras la Restauración y durante las dos dictaduras del siglo XX. Y por concretarme al período inmediato anterior a la guerra civil, señalaré que Primo de Rivera intentó equiparar el generalato y la nobleza⁷; según este proyecto, los capitanes generales serían duques, los tenientes generales marqueses, los generales de división condes, etc... naturalmente el proyecto no prosperó por razones obvias, pero por Decreto del 3 de julio de 1.927 se declaraban hidalgos a todos los generales.

Esta condición hidalga se nota constantemente en el Ejército y así se da el trato de «caballero» a los cadetes, a los mutilados de guerra, a los que poseen diversas condecoraciones como la laureada, la del mérito militar, la de San Hermenegildo, etc...

Una enseñanza memorística y acrítica

Una segunda causa del conservadurismo de los militares es su sistema de enseñanza: actualmente, en la enseñanza civil superior, se es consciente de que la rapidez con que avanza la técnica hace poco útil una enseñanza basada en el escueto conocimiento de contenidos, que forzosamente en una o dos décadas quedarán anticuados, por lo que sin dejar de impartirlos, se procura que los universitarios se familiaricen con una metodología científica y unos hábitos de estudio que les permitan mantenerse al día después de estar graduados. Para ello es totalmente necesario fomentar la inquietud intelectual, la curiosidad científica del joven, desarrollando su amor por la lectura, y también en alguna medida una actitud crítica, que le permita el día de mañana aceptar los auténticos avances y rechazar simultáneamente los errores, en lo técnico-científico, y también en lo social, porque se considera que así avanzará la ciencia, y la sociedad, hacia un mundo mejor, más feliz, más libre y más justo.

Cuando en los siglos XVIII y XIX se crearon los planes de estudios de las academias militares, singularmente de Artillería, Ingenieros y Estado Mayor, éstos eran homologables a los de la Universidad y estos centros llegaron a tener un nivel intelectual perfectamente equiparable con cualquier centro superior. Desgraciadamente este florecer militar-intelectual, fue cortado de raíz por Primo de Rivera, cuando fundó la A.G.M. y nombró director a Franco, que se llevó a la Academia como profesores, a sus antiguos compañeros de la guerra de Africa (Franco, Salgado, Camilo Alonso, Pimentel, Esteban Infantes, etc...) e impuso una enseñanza basada en el aprendizaje memorístico, repetitivo, de contenidos anticuados, inculcados sin ningún espíritu crítico. Por ejemplo, la historia se basaría en saber las fechas, los efectivos de las batallas o los nombres de los protagonistas, no las causas económicas, sociales, industriales por las que se dieron tales resultados, las Ordenanzas se deberían aprender de memoria y los movimientos de armas (cuyo origen y utilidad bélica está en una guerra de cuadros desaparecida hace dos siglos), se harían con singular perfección. Además, las materias humanísticas, las ciencias sociales, eran escasas, y la bibliografía, pobre. No se inducía al cadete a comprar libros de consulta y se estudiaba sobre unos guiones elaborados e impresos en la propia academia. Por supuesto, no se tenía la costumbre de acudir a la biblioteca. Por último, para colmo

⁷ JUAN BENEYTO: *La identidad del franquismo*. Gráficas Espejo, Madrid, 1.979, p. 236.

de males, los profesores a veces desconocían la asignatura que debían enseñar, ya que la dirección decidía al respecto, con criterios militares (empleo, arma, plantillas...) y con independencia de su formación y saber.

Evidentemente, sobre esta base, era mucho más fácil inculcar, que formar, que educar. Y lo que se imponía era un código moral, más que conservador, simplemente trasnochado: la obediencia ciega, el machismo heroico, un patriotismo excluyente, fanático y equívoco (que tendía, por ejemplo, a confundir lo español con lo castellano y los símbolos nacionales, con la propia realidad nacional), el puritanismo moral (basado en la consabida concepción de dos escalas de valores distintas para los dos sexos y la total intolerancia para la permisividad sexual de la mujer, contra el homosexual...) etc...

En resumen, esta educación, basada en actitudes maniqueas y rígidas, obviamente facilitaba una toma de posición muy conservadora⁸. Y esta ideología podía ser mantenida sin riesgo gracias al aislamiento, al régimen de internado, físico y psicológico, que se impondrá en la A.G.M. rompiendo con la tradición secular, que permitía que los cadetes pudiesen vivir con sus familias, o en pensiones, lo mismo que los estudiantes de cualquier otra carrera, pues hasta que Franco (supongo que de acuerdo con Primo de Rivera) establece el internado obligatorio, éste era totalmente voluntario, y de hecho, si existía, era sólo para ayudar a la subsistencia de los cadetes de familias económicamente débiles careciendo su existencia de contenido ideológico, lo que cambiará con Franco, para el que la academia, antes que escuela, es cuartel.

Un trabajo basado en la preparación para la guerra

La ideología de cada clase o grupo social, y también la de cada profesión, es una emanación, una consecuencia de su trabajo, que condiciona a los hombres al crear, a través de su diario quehacer, unos hábitos de pensamiento que luego suelen aplicar en toda su actividad (es sabido el espíritu conservador del campo y el renovador de la ciudad, etc...). En este sentido debemos considerar que el trabajo diario del militar, requiere una potenciación de las pautas de conducta autoritarias, así como un culto maximizado de ciertos valores ideales que, en general, coinciden con la ideología conservadora. En la guerra, para la que todo Ejército existe y se prepara, el primer deber es luchar, lo que implica estar dispuesto a morir y a matar, y eso sólo es posible con planteamientos rotundos, maniqueos, sin matices, que dividan a los hombres en buenos y malos, en amigos y enemigos. En la paz, los conceptos de jerarquía, energía, dureza, autoridad, orden, honor, valor, patriotismo, disciplina, etc., presiden la vida militar, y estos valores, sin ser exclusivos de la derecha, son especialmente mitificados por ella, que no suele incluir entre tales valores los de libertad, igualdad, etc. Estos últimos, por razones de eficacia, no son posibles en la organización militar. De este modo, la ideología militar tiende a coincidir con la de la derecha, por lo que, en general, los militares tienden a ser conservadores o, si se prefiere, para matizar, más conservadores que los políticos contemporáneos en su propio país. Así suele suceder, y es lógico y normal.

⁷ FABRIZIO de BENEDETTI: *El poder militar en Italia*. Libros de confrontación. Barcelona 1.973, p. 33, señala como «el conservadurismo se advierte en los ejércitos de Europa» cuyos «principios son: el patriotismo, el orden, la autoridad, el espíritu de cuerpo, el celo... como consecuencia de la educación».

El problema surge cuando las pautas de conducta mentales adquiridas por el militar en su trabajo se proyectan sobre su vida civil, familiar, social, política porque lógicamente tiende a seguir las pautas mentales adquiridas, para resolver autoritariamente cualquier problema civil. Entonces, cuando esto ocurre, el pensamiento militar, inicialmente sólo conservador, se hace negativo, disfuncional y a veces incluso reaccionario.

El aislamiento como causa del conservadurismo

Una de las posibles razones de la ideología conservadora de los militares es su secular aislamiento, que en los regímenes autoritarios es potenciado por el propio gobernante, y en las épocas democráticas tiene diversas formas de manifestarse como pueden ser las siguientes: Primero, *un elevado índice de autoreclutamiento*, que hace que la mayoría de los militares, sean hijos de militares. Segundo, *un elevado índice de endogamia social*, que hace que gran número de militares se casen con hijas de compañeros de profesión. Tercero, *una educación distinta* a la que recibe el resto de la sociedad, realizada en una estructura de gran presión social, en régimen de internado, con profesores que inculcan al futuro militar unas inquietudes, criterios y valores completamente distintos de los que se inculcan en la universidad o en cualquier otro tipo de instituciones pedagógicas. Cuarto, *un trabajo en el cuartel*, que se realiza en forma totalmente distinta del trabajo civil y sin contacto con el público, pues el soldado no se manifiesta como en su vida civil, en parte porque la relación jerárquica lo impide, y en parte porque su vida en el cuartel es totalmente distinta de su existencia normal. Quinto, *las viviendas militares*, que malogran otra posibilidad de convivencia con el resto de la sociedad, al impulsar al oficial soltero a alojarse en residencias de oficiales y al casado en pabellones o casas militares. Sexto, la realización de muchas *actividades de la vida separados* del resto de la sociedad (como consecuencia del antes señalado sueldo escaso) que fuerza a ahorrar en las cooperativas militares, farmacia militar, hospital militar, etc., y que llega a la propia familia, ya que se crean colonias infantiles para los hijos de militares, residencias universitarias y, más recientemente, centros de enseñanza primaria y secundaria, separados del resto de la sociedad, en los que el militar tiene más facilidad para encontrar plaza para sus hijos. Séptimo, *una vida intelectual escasa*, que hace que los militares tengan a menudo criterios, ideologías y sistemas de valores distintos al resto de la sociedad y, en general, bastante más conservadores, por las razones ya dadas. Octavo, una elevada *tasa de movilidad geográfica*, consecuencia de los traslados profesionales (por ascensos, diplomas, etc.), que a menudo impide el arraigo local, forzando una relación social muy profesional.

La guerra de Africa, telón de fondo

Sobre todas estas causas de conservadurismo, que en líneas generales los militares sublevados el 18 de julio compartían con los de cualquier otra generación, hay que añadir algunos sucesos históricos que les marcaron en forma decisiva, y entre éstos destaca por su importancia la guerra de Africa que sirve para señalar una generación de militares profesionales: la generación del 15, a veces llamada generación africanista.

En la juventud de esta generación tuvieron una influencia decisiva varios hechos: una formación breve (sólo el bachillerato elemental y dos años de Academia Militar), porque la guerra de Marruecos exigía su incorporación prematura, que les creó las consecuentes carencias formativas, de las que se resintieron toda su vida. *Una guerra en Africa de dieciocho años de duración*, que hizo de ellos un grupo decidido, aguerrido, y fundamentalmente entregado a su profesión pero al mismo tiempo, a menudo, herido psicológicamente en una guerra sucia, con torturas, castraciones de cadáveres, etc... y simultáneamente, aislado, alejado, totalmente desconectado del acontecer de la Península, del resto de la sociedad, de la vida civil. *Una actitud de recelo y desconfianza ante la democracia constitucional*, en parte porque el parlamento, obediente al dictado de la opinión pública, procuraba disminuir los efectivos en Marruecos, lo que provocaba las lógicas dificultades en la conducción de la guerra y desazón en los militares que se sentían incomprendidos de sus contemporáneos y encima eran constantemente espoleados contra las instituciones democráticas, por «La Correspondencia Militar»⁹. Un estado general de descrédito, quizá debido al desastre colonial, que promovía constantes ataques de la prensa contra el Ejército, que un historiador tan conservador como Aunós, ha comentado diciendo: «Durante largos años, en España hubo dos figuras que fueron objeto constante de las burlas y sarcasmos más abominables, blanco de zarzueleros y caricaturistas: el maestro de escuela y el oficial del Ejército; el uno lleno de sabiduría, y el otro de pundonor, pero los dos despreciados y muriéndose de hambre. Y aún de estos dos últimos peldaños de la vida social, el militar era quien ocupaba el último... el Ejército era la cenicienta del país»¹⁰.

Su ideología es la proyección de la disciplina castrense y se reúne en dos ideas: lealtad y orden. Por eso Kindelán ha llamado a esta generación militar, «la generación de la lealtad»¹¹. Franco, siendo director de la Academia General Militar de Zaragoza, insistió en que «la disciplina debía conservarse incluso cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía y el cerebro aconseja lo contrario a la razón del mundo»¹². Las alusiones a la disciplina a la lealtad y al orden abundan en los discursos de los militares de esta generación, quizá a causa de que su formación, limitada a lo estrictamente castrense, no les permitía comprender que existen valores políticos más importantes que la paz y el orden¹³.

⁹ Recientemente, FRANCISCO VANACLOCHA, en su tesis doctoral titulada *Bases del antiparlamentarismo militar español*, ha demostrado como la revista militar titulada «La correspondencia militar», intoxicaba sistemáticamente a los oficiales, presentando al Congreso como culpable de todos los males que aquejaban a las Fuerzas Armadas. Su tarea en este sentido, fue semejante a la que en la actual transición democrática han realizado «El Alcázar», «El Imparcial», «El Heraldo Español» y «Reconquista».

¹⁰ EDUARDO AUNÓS PÉREZ: *Itinerario histórico de la España contemporánea*, Ed. Bosch, Barcelona, p. 330.

¹¹ «ABC», 2-12-59.

¹² Discurso pronunciado con motivo del cierre de la A.G.M.

¹³ De todas formas, como es sabido, el mismo Franco, que tan brillante discurso pronunciara en aquel momento, de hecho estaba manifestando públicamente su disgusto por el cierre de la A.G.M., que él dirigía, y al hacerlo públicamente, estaba demostrando falta de disciplina, la que volvió a evidenciar el 18 de julio. Asimismo, cuando Franco era Jefe de Estado, sus propios compañeros, y Kindelán el primero, conspiraron reiteradamente contra él. El detalle de las conspiraciones de los generales contra Franco, puede leerse en mi libro *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Planeta, Barcelona 1982, pp. 137 a 144.

El africanista vivía con gran dureza la guerra, pero luego en la paz gozaba de los privilegios que disfrutaba todo grupo vencedor en el país conquistado, tenían que crear forzosamente un tipo humano peculiar, dominador, y si a este hecho se le añade la existencia de unidades especiales, prepotentes, con uniforme distinto, brillante, y peculiar sistema de reclutamiento y estilo de mando, se comprenderá que esta prepotencia se agudice. La generación africanista tuvo en Marruecos dos unidades distinguidas, «especiales», en las que forjó su juventud: Regulares y la Legión. En las unidades de Regulares sirvieron, entre otros, Franco, Mola, Cabanellas, Ponte, Llano de la Encomienda, Varela, Yagüe, Muñoz Grandes, Asensio, etc. Más tarde, en 1920, Millán Astray, fundó la Legión, teniendo como primer comandante a Franco.

La ideología de Millán Astray, simbólicamente sintetizada en su comentada réplica a Unamuno, se palpa en *La Legión*, donde rinde culto a las formas externas (sabatina, saludo, uniforme, guiones...) y se exalta el sentimiento, mientras por el contrario se menosprecia la razón¹⁴. Posiblemente influyó en Millán Astray el irracionalismo filosófico, tan en boga en aquella época, y posiblemente también, el Bushido japonés, el espíritu samurai, que él conocía, y del que ya se ha tratado antes.

En resumen, mientras en la península los militares, como consecuencia de su difícil situación (desde la escasez de las pagas al exceso de los ataques de algunos periódicos), generaban movimientos corporativos de autodefensa, que dieron lugar a la Ley de Jurisdicciones (1906), a la campaña de «La Correspondencia Militar» contra los ascensos por mérito de guerra, a las Juntas de Defensa (1917-22) y en alguna medida a la dictadura de Primo de Rivera (1923-30), en el Ejército de Africa se iba desarrollando una ideología (homologable a la de otros Ejércitos coloniales, especialmente al francés) basada en el sentido de misión de aquellas fuerzas armadas que se autoconsideraban, simultáneamente, la avanzadilla de la cristiandad, los últimos conquistadores de Occidente, y al mismo tiempo, su reserva espiritual, el último pelotón que, en frase de Spengler, acabaría salvado a Occidente. Fácil es comprender que esta ideología hará propender hacia un mesianismo salvador, sobre todo cuando la situación se desestabilice, y los extremistas como Calvo Sotelo o José Antonio, exciten al militar a intervenir para salvar la Patria «de las hordas marxistas».

Las tensiones sociales y nacionales como causa o excusa de la rebelión

Ahora bien, la existencia de dirigentes políticos desestabilizadores, que actuaban como auténticos provocadores, no debe impedir reconocer la existencia de unas condiciones objetivas, favorables a una solución violenta. En efecto, la situación social en 1936, era de una gran tensión entre las clases sociales; los obreros eran explotados de una forma inicua, y el Partido Socialista contestaba con unos planteamientos políticos radicales —muy distintos y distantes de los actuales del PSOE— que implicaban la total transformación del orden social (abolición de la propiedad privada de las empresas, nacionalización de la banca y la bolsa, reforma agraria, disolución de

¹⁴ En el credo legionario (y la palabra Credo ya es especialmente significativa) el irracionalismo aparece reiteradamente: «Defender al legionario, *con razón o sin ella*», «El espíritu legionario es de *ciega acometividad*», «No abandonar a nadie en el campo *hasta perecer todos*»... La mitificación de la muerte, que se intenta sublimar es otra prueba de ello. El legionario se autodefinirá como «el novio de la muerte».

las órdenes religiosas, reducción del Ejército, etc.) y hacían que la clase propietaria y parte de la media se sintiesen agredidas y acorraladas. Esta atmósfera, tensa y enrarecida, propiciaba la aparición del terrorismo, anarquista primero y fascista después.

La tensión y la lucha de clases habían llegado a hacer tan difícil la convivencia, a erosionar tan gravemente el orden social por el terrorismo, las huelgas y el generalizado desgobierno, que se fue pudriendo la fe en las instituciones democráticas. Ello permitió que el golpe del 18 de julio fuese inicialmente apoyado por sectores muy amplios de la burguesía y las clases medias.

En realidad, como telón de fondo de esta época histórica, estaba una auténtica inoperancia de la democracia española debida a un acentuado parlamentarismo, que al dar un excesivo poder a las Cortes sobre los gobiernos, hacía que éstos fuesen poco operativos y de corta duración. En los 49 años que mediaron entre la Restauración (1874) y la dictadura (1923) hubo 62 gobiernos, cifra excesiva que arroja una media de sólo nueve meses para cada uno, y la inestabilidad reapareció en 1931. Mientras la tensión social no alcanzó un grado elevado, el sistema subsistió, pero cuando el conflicto social se agravó, se vio incapacitado para resolverlo.

A mayor abundamiento, España vivía en 1936, la tensión entre un nacionalismo español, intransigente, uniformista y centralista, y un nacionalismo catalán también muy distinto del actual, pues era exaltado, disgregador y próximo al independentismo. En su interior se movían grupos minoritarios, radicales e inmaduros, que hacían constante ostentación de sus planteamientos maximalistas y atacaban sistemáticamente los símbolos del Estado español, especialmente la bandera.

No hace falta decir que todos estos hechos —los desórdenes, las huelgas, la inflación, el paro y, sobre todo, el terrorismo, el separatismo y los ataques a la bandera—, al repercutir en los cuarteles, producían gran crispación y eran magnificados por Calvo Sotelo, que combinando el catastrofismo político con el terrorismo verbal, se dedicaba desde el Parlamento a desestabilizar el sistema y a dar apoyatura argumental al terrorismo blanco.

En resumen, en 1936, la lucha de clases, el terrorismo, la inflación, el paro, etc., se veían además especialmente potenciados por la repercusión de la crisis económica del 29; la autonomía de Cataluña era más importante en el Estatut y la Generalitat que con la vieja Mancomunidad de Diputaciones, y la agresividad de la izquierda se manifestaba especialmente temible tras la victoria del Frente Popular en febrero del 36 y la destitución por el Parlamento del presidente de la República. Todo hacía presagiar que la tragedia estaba a punto de estallar...